

Cartas

Sobre cosas que deben verse durante
la Semana Santa en Sevilla,

A mi querido amigo el Sr. D. Agus-
tín González Arriano.

I

Una recepción en el Palacio de
San Felipe.

Mi querido Agustín: al ver el título
de esta carta, tal vez creas voy á ocu-
parme de una de esas reuniones
espléndidas con ^{que} los Duques de Mont-
pensier suelen de vez en cuando ob-
servar á todas las aristocracias de
Sevilla, y digo á todas las aristocrá-
cias, porque á los salones de S. S. A. A.
son invitadas y concurren las emi-
nencias de todas las clases, y en ellas
se confunden todas las grandezas, ya
sean hereditarias ó adquiridas..

No voy á hablaste, no, de esas

reuniones brillantes, de que un seductor de
La Alborada, tal vez tú, se ocupó cuando
el viaje de S. S. M. M. á las provincias an-
daluzas; la fiesta que voy á intentar
describir, la recepción que quiero
resenar te, es aquella en que cumplien-
do la letra y el espíritu del evan-
gelio, pasando los límites de la frater-
nidad humana, á cuyos ojos todos somos
iguales, mas allá todavía, en el terre-
no de la caridad cristiana, ^{que} ~~ex~~ aquella
no llegará nunca, los grandes de la
Tierra no se colocan al nivel, sino
se humillan hasta servir á los pe-
queños, confesándose sus hermanos como
hijos del padre común que está en los
cielos, según nos enseña J. C. Ya ha-
brás comprendido que el asunto
de esta carta es el convite, la recep-
ción de los pobres el día de fueves
santo.

Hace un año que no mi modes-
tia, sino mi cobardía, está conteni-
endo mi deseo de hablar sobre la
ceremonia del Lavatorio, pues ya

sabes cuan intemperante soy para manifestar mis impresiones; pero el temor de que pueda creerse que el sentimiento de la verdad es llevado de la mano por el espíritu de tu bisonja, ha reprimido mis impulsos, y la reflexion de que, hoy que los poderes se encuentran invertidos, solo se habla al pueblo, y es necesario mas valor para hacer justicia á los Reyes que para calumniarles y malherirlos, esa reflexion pone en mi mano la pluma unicamente.

Era el día de San Juan Santo de 1867, y no voyas á creer que doy comienzo á una de esas leyendas mías, que tú encomias, cerrando tus oídos á la crítica y atento solo á tu carino, nó: en el palacio de S. Felmo. había muchos cordobeses aquel día, que si no sintieron lo que yo, vieron lo mismo, y pueden informarte de cuanto me quedo en mi descripción; fu conves la gran galeria, el imenso salon bajo que dá al jardin, y

y creo que recordarás en aspecto la
noche en que tuvo lugar el baile da-
do en obsequio á S. S. M. M. Si no lo
viste entonces, figúratelo ó lee las des-
cripciones que se hicieron de su mag-
nificencia; que con la de este día no
voy á presentarte mas que un contra-
ste, el de la luz: torrentes de claridad
fluendo de miles de bujías que sostenian
rígidas arañas y candelabros, illu-
minaron aquella inolvidable noche en
que el hombre agotó su poder para
imitar el día, y en cte por el contra-
rio, quemas cortinas pugnaban en
vano por ahumbrar la claridad de
la única antorcha con que Dios alum-
bra el universo.

Yo, como siempre me sucede en todo,
llegué tarde: el palacio parecia de-
sierto, tal era el silencio que
reinaba; lacayos de bufosas libreas
que habia en todas las estancias, me
indicaban la direccion que debia
seguir, y sin pararme en ninguna,

para admirar las maravillas del lujo,
de las artes que las decoraban, llegué
al salón del festín, sí; del festín, sí; del
festín de la caridad.

Un año he pensado ya, y aun todavía
no sé si podré poner^{en} orden las ideas que
asaltaron en tumulto mi mente á la
vista de aquel ~~salón~~, que se me pre-
sentaba á la vez como templo, corte
y plaza.

Si que tienes algo más ^{que} pun-
tas y ribetes de filólogo, podrías de-
cirme si la definición del silen-
cio es ó no exacta, puesto que la
total ausencia del ruido solía ser
en todos los casos igual, y sin embargo
conocemos y distinguimos una porción
de silencios que calificamos y defini-
mos, llamándoles de muerte, de respeto, re-
ligioso, &c., de lo cual deduzco; que el
silencio, así como el sonido, tiene sus
modulaciones que aterrorizan, commue-
ven ó dan reposo y dulce contenta-
miento al ánimo, sin que pueda

vigorosamente decirse que procede de la impresión que los produce. Pues bien, de la reunión de todos los silencios agradables, resultaba uno armonioso, por decirlo así, que era el que resonaba en aquel salón cuando yo entré.

En el testero en que terminaba, en un, lo llamare estrado, pues que el respaldo estaba en otra parte, se veía á Sus Altezas rodeados de sus hijos y servidores. En medio de la sala, encima del altar, que era allí el trono, sobre el oscuro fondo del dosel, se destacaba la imagen del Rey de los Reyes, cuyos trazos habia abierto el amor y clavado la ingratitud. Al pie del divino monarca, sus ministros, precedidos de un alto dignatario, el Sr. Arzobispo de Méjico; á un lado y otro, los grandes señores de aquella corte de Texcuis- to, veinte y cuatro ancianos pobres que la munificencia de los Infantes habia vestido y ahora sucursi-

4

dad iba á servir en los oficios mas humildes,
practicando la divina enseñanza. De un
extremo al otro del salon, corrían como una
valla tres ordenes de asientos, y en ellos
y detras, llenando hasta los alfeizares
de las ventanas, la multitud mas he-
terogénea que pudiese figurarte, en
la cual se confundían los sexos, las
condiciones y las nacionalidades. Al
entrar en la espaciosa estancia, yo
casi respirar el ambiente de la tra-
dicional monarquía española; ligados
por el amor y el respeto, yo veía allí
los príncipes y el pueblo, protegidos
por la religion, dique y freno á la
ver de unos y otros, y al mirar á
tantos extranjeros como en la sala ha-
bía, senti un movimiento de satisfacci-
on y orgullo, y hubiera deseado ha-
blar todos los idiomas para ir dicen-
do á cada uno: los pueblos que tie-
nen príncipes ilustrados y verda-
deramente cristianos, no temen, ni
sueñan nunca con la tiranía.

Como no me gusta referir mas

que lo que ven mis ojos, emperzase mi
narracion por la plática que pronun-
ciaba el Sr. Arzobispo de México á
mi llegada, y que apenas entendí, no
por que tenia de S. E. no fuese inter-
sizable y clara, sino por la multitud
de ideas que empujandose unas á otras
absorbían mi espíritu; robándome la
atencion, hasta que fue poderosamente
llamada por el conienzo de la ce-
remonia, y las tres primeras figuras
de ella. Al lado izquierdo del cruci-
fijo estaban los doce ancianos pobres, y
hacia ellos avanzaba la infanta de
Castilla, que á su magestad de prin-
cesa de la sangre, reunia los respetos
de noble dama, esposa y madre, y
finalmente de muger, en el mas inte-
resante de sus estados, que era el en que
se hallaba entonces. Al lado en que
se encontraban los doce pobres de
nuestro sexo, se encaminaron S. A. R. el
Duque y el Arzobispo. Sobre aquellas
dos frentes que circundaba la aureola

del saber y de la virtud, sobre aquellas
cabezas en que brillaba la dignidad y
la estirpe, tambien se dibujaba la
majestad mas respetada en esta nacion
hidalgas, la majestad del infortunio.
Por halagüena que les fuese la vene-
racion, ~~no~~ el respeto y el amor que
les rodeaba; por frescas y perfuma-
das que fueran las auras del rio, que
atravesando el jardin se respiraban
en aquel sitio, ni la veneracion, ni
el amor, ni las auras eran las del
pais en que habian nacido: afortun-
adamente el señor á quien entonces
servian habia dicho mi reyno no es
de este mundo: en il todos son lu-
gares de peregrinacion.

La ceremonia del lavatorio, empero:
es ^{de} todos conocida y poco ó nada ten-
go que decirte de ella, pues facil es á
tu imaginacion el representarse el
contraste del varon fuerte y cubier-
to de condecoraciones, de lupa de lum-
brador, y la delicada dama, puestos

de rodillas ante la debilidad, la repug-
nante dolencia y la pobreza. Dime tu
si conoces algun insento de las demo-
cracias, que ponga la ceniza sobre la
frente del poderoso recordándole que
tambien es pobre, y humille su orgu-
llo sin mortificación por su parte,
y en provecho de los menesterosos, como
lo hace la religion cristiana.

Frases de esta primera parte de la
seccion practica de la humildad, que
enseñó Cristo, siguen la comida.

No hay proteo de tan distintas for-
mas como la caridad: si los que pueden
esforzarse, estudiáran la manera de
practicarla, y lo facil que es al prode-
roso prosigir consuelos, en este valle
que siempre será de lágrimas, no de-
jarian de vestirse, por que tal es nu-
estra condicion; pero jamas llegarían
ellos á formar surco en las mejillas
de los desgraciados.

Entre la caridad y la filantropia,
querido Agustín, existe una
diferencia igual que entre la

madre y la buena madrastra; ambas
visten y alimentan ~~la~~ ^{esta} ~~hija~~ ^{hija} de la providen-
cia; pero viven diferentes con sus cuidados!
¿conoces tu que la humanidad pueda
reemplazar a la madre que nos dio el
cielo? no, ni tu ni nadie pueda conce-
birlo; por que nunca alcanzará el cal-
culo a donde llega el sentimiento, ni
el saber de hacer bien, a donde la obli-
gación de practicarlos.

Por eso la Caridad cristiana, única
verdadera madre de todos los desfor-
tados, no se contenta, no, con socorrerlos,
sino que en la forma con que lo hace
demuestra su solícitud.

Después que algunos lacayos colocaron
las mesas delante de los pobres, S. S. A. A.,
seguidos de sus respectivas servidumbres,
que venidos en otros se iban alargando
los platos, fueron sirviéndoles primero
el pan y el vino, y luego las semaj
viandas que se les colocaban en frente,
y sin tocarlas, eran ~~seguidas~~ ^{reemplazadas} por
las que le seguían. Este al parecer su-
plico de Tantalo, de ver desfilar an-
te si los apetitosos manjares, prepa-

vallos por los cojinetos de Palacio de la
mansa vistosa y escitante que puede,
colegir, este, á primera vista tormento, era
uno de esos cuidados, solícitos de la ma-
dre de la desgracia, la caridad, hija del
cielo.

Por que apaste del disgusto que ^á aquellas
pobres gentes produciría su corteza, ta-
mienlo que comer delante de tan nu-
meroso concurso y sus apuros para el
uso del servicio de la mesa, había que
evitarles el sentimiento que les hubiera
amargado los mas dulces alimentos
al considerar que ni sus esposas ni sus
hijos gozaban del placer de una mesa
opipasa, que ellos no habian disfrutado
nunca, ni volverían á disfrutar ja-
mas. Vé ahí la razón por que para-
ban ante ellos, sin tocarles, los suaden-
tos manjares, que con el pan, vino, pla-
tos, servilletas y cubiertos, se deposita-
ban en sendas canastas, que cada cual
debía llevarse y compartir con su fa-
milia.

Retiradas las mesas, tubo lugar
el mas tierno, el para mi mas com-

movedor episodio de aquel acto sencillo
y sublime, como todos los que nuestra
divina religión santifica. Aquí debo
volver á repetir lo fácil que es al-
prosigar consuelo cuando el espíritu
de caridad nos guía; el no solo de
por vive el hombre que dijo el dis-
no maestro, puede tener y tiene mu-
chas aplicaciones, como todo lo que
salio de sus augustos labios. Si éla
limosna material, el alimento, el
vestido ó la moneda no acompaña
la manera caritativa de darla, no
solo posible, sino casi seguro es, ^{el} que
ni Dios la admita, ni el pobre la
acepta.

Si: como he dicho antes, el poderoso
puede multiplicar al infinito el valor
de sus beneficios, con solo estudiar
la manera de otorgarlos, y de igual
manera el sacrificio de la limosna
puede ser ofrecido hasta por el mis-
mo que lo pide; por que la limos-
na, ~~como todos~~ los otros medios de
salvacion, la misericordia infinita.

los ha puesto al alcance de todas las
manos, así como su incomprensible
sabiduría ha encañonado unos á
otros, todos los seres, haciendo mas
esclavo al que se cree mas libre.

Pero dejando aparte las remi-
niscencias de las ideas que aquel
día en trogel me asaltaban como
he dicho, vengamos al fin al, á la
despedida de aquellos pobres con-
vidados, que á los ojos del que todo
lo ve tanto debían honrar á sus an-
fitriones. La caridad tubo entonces
otra manifestacion: esa madre tan
solicita é ingeniosa en sus cuidados,
que habia atendido á las necesida-
des del día, cuidaba tambien de los
siguientes, y no sé la cantidad, dentro
de una preciosa bolsa, iba entre-
gando de uno en uno un precioso
nino, que quizá llevaba su primer ves-
tido, que era blanco y rojo, colores de
la pureza y del fuego del amor divi-
no. Aquel angel alegre y risueño co-
mo la inocencia, en cuyo terno co-
razon brotaban poderosos los instintos

del bien, manifestaba en pesar cada vez que á sus débiles manos se escapaban las bolsas, al tomarlas del arcajate en que las conducía el Señor Marques de Moscoso, y con vista anhelante las buscaba como temiendo retardar el beneficio. Aquel ángel de la caridad se llamaba y era el infante D.^a Antonio Orleans y Borbon.

Desisto de mi propósito de pintar esta última escena, es imposible. La gratitud que la magestad de los príncipes había contenido, rompió el dique ante el ángel mensajero visible de la Providencia, y aquellos ancianos que no sabían de seglar de etiqueta, sino que sentían como los andaluces sentimientos, lloraron y besaron aquellas diminutas manos que empeñaban á ejercitarse socorriendo la desgracia, y hubo quien sin saber lo que se hacía, lo estrechó contra su agradecido pecho y

Pero hombre, tu que tienes fama de retórico, ¿quieres explicarme por que nuestra edad que tanto se calienta la cabeza con inventar largos muros, no se dedica á unir los cabos sueltos de los antiguos muros?

N. de Vida

Marzo 10 de 1868.

Cartas

Sobre cosas que deben verse durante
la Semana Santa en Sevilla.

A mi querido amigo el Sr. D. Agustín
González Peñano.

II

Las Cofradías de madrugada.

Mi querido Agustín: la verdad es que
frutar de todos los espectáculos reli-
giosos que la católica y sentimental
Sevilla ofrece durante su muy, pero
no bastantemente, celebrada Semana
Santa, hace que la mayor parte de
los forasteros que á ella concurren,
rendidos por la fatiga en la noche
del jueves, pierdan el admitir las
cofradías que hacen su estación en
la madrugada del viernes santo.

Si la índole de estas cartas lo

permitiera, y en este lugar disertaria,
ó por mejor decir, charlaría, que es lo
que hacemos tantos sobre la frater-
nidad y asociación modernas y las
hermandades y los antiguos gremios,
que no solo obsesion maravillas de
utilidad común, sino que presta-
ron mas servicios á ese mito que lla-
mamos libertad, é hicieron mas por
la dignidad y provecho del indivi-
duo, que todas esas utopías con que
se roba al pobre el fruto de sus fa-
tigas en utilidades de los embauc-
adores, sin mas premio que enaltece-
lo ridículamente llamándolo artista
en vez de menestral.

Hace algunos dias que vi á un es-
trangero, por muchos titulos emi-
nente, refiriéndose á otra persona
para él muy querida, que "la sema-
na santa en Sevilla era el poema
de la pasión de Cristo", y efectiva-
mente, la semana santa en Sevilla

es el mas gigantesco de los poemas: es el
fruto de la inspiracion cristiana, que
genios que se llamaban Montanes y Peda-
dan de jason escrito en esas paginas
inmortales, que se titulan Críto de la
Pasion, del Gran Poder, la Espiracion
y Virgen de las Fies Necesidades:
poema que el pueblo mas artista y poe-
ta de la tierra viene cantando pe-
riódicamente hace cuatro siglos, y con-
tará, interin conserve su ardiente fé,
para admiracion y ensidia de los es-
tráños.

Cuatro fueron las Capasias que
hicieron estacion en la Patriarcal
Iglesia la madrugada del Viernes
Santo del año ultimo, que cinco seran
las mismas en el actual, en las
cuales pueda decirse se encuentra
compendiada la devocion de este
gran pueblo en cuatro distintas ma-
nifestaciones: penitencia, ostentacion,
entusiasmo y sacrificio. Si no es asi

yo te referiré mis impresiones y tu
las fregarás.

Por mucho que me aguijoneara la
curiosidad, el cansancio de la tarde y
noche anterior y mi pereza hicieron
que al llegar á la Catedral ya estu-
viera dentro la primera cofradía, y que
para verlas todas de la manera que que-
ría, tuviese que colocarme entre el
palacio y la colombina al pie de la
colosal Giraldilla. El cielo estaba enca-
potado, la noche oscura pero de tempe-
ratura apacible: nada á primera vista
indicaba, ó por mejor decir, el aspecto
de la calle, la animación, el bullido,
los chistes y las risas, la alegría, en
fin, que en nuestro suelo preside á toda
reunión y que no logra apagar
del todo la gravedad de un duelo,
todo hacía olvidar ~~el~~ día que se
conmemoraba, nada hacía excitar que
se esperaba el paso de los simula-
cros de los misterios solosos de
nuestra redención. Nada hacía
creer tampoco que nos halláramos

en esas altas y silenciosas horas de la noche, en que todo parece dormirse al par del hombre: una muchedumbre inmensa, que sin cesar desembocaba por todas las calles adyacentes, obstaculizaba las anchurosas gradas del templo, en cuyo alrededor se agitaba como un enjambre de rumbadores.

De pronto apareció la santa cruz de Jerusalem, y los capisotes negros de los marasenos que la conducían; como olas que se replegan, la multitud abrió paso; la procesión avanzó; la imagen del divino maraseno apareció por fin.

Aquí quisiera yo disertar sobre el silencio como en mi carta anterior por que á la algazara habia substituído el murmullo, y á este un silencio verdaderamente religioso, dulce, como tipo de la voluntad que allí se ofrecía, cual primer homenaje de respeto,

Esta primera Cofradía era la

de los nazarenos, que hoy se conocen
por de S. Antonio Abad, y mas general-
mente por la Cofradia del Silencio,
y que fiel observante de las antiguas
tradiciones de penitencia, ha supri-
mido aquellas manifestaciones que
repugnan á nuestro gíbarismo
actual, pero conserva sus mortifica-
ciones interiores y es verdaderamente
imponente el paso de aquellas túnicas
de negros capuces con sus pobres túnicas
cánidas con torcas rojas, sin que nin-
gu no se permita desplegar los labios, lo
cual le costaría ~~la~~ expulsión de la
hermandad, silencio que no turba ni
aún el ruido de los pasos, pues en
su mayor parte caminan descalzos,
mortificación que no puede tomarse
como un hipocrito alarde, puesto que
el antifaz impide conocer al que lo
ejecuta. Esta cofradia, modelo de la
devocion penitente, es ademas una
gloria de la católica Sevilla, ella
puede decirse que fué la primera
del mundo cristiano que puso de

fender que Maria fué concebida sin man-
cha, y creémos que aquí le tarea mucho
 el blason de la negra bandera, que la
risa de gloriosa enseña, si sobre la
letra de su mote, estampaba la fe-
cha de su voto.

La imagen de Jesús siguió avan-
zando en medio del general silencio
atrayendo á si todas las miradas, y se
paró cuando el reloj del antiguo almi-
nar, lento y pausado, cual corresponde
á la voz del tiempo, daba las tres. El
diseño maravilloso de esta cofría, re-
presenta el veto en que Crísto antes de
cargar con los pecados del hombre, se
abrara con la crúz, que los representa.
 Aquel cuadro sublime de inmenso
amor, que sombrecaba la majestad de
la noche, produjo los efectos neces-
arios en la impresionable multitud: au-
mentose, por deirlo asi, la densidad
del profundo silencio que reinaba y
que parecia que hasta los corazones
habian cesado en su latir: yo, oprimido

el pecho por la angustia, misé á mi se-
dador y por todas partes vi ojos arrasados
de lágrimas fijas en Jesus, que al re-
verberar en aquella dirección la luz de
los cirios, parecía que emitían rayos
del fuego de su correspondencia al
divino amor.

Pero nosotros los andaluces, no he-
mos nacido para la contemplación por
santa y absorbente que ella sea. La más
concisa y poética de las musas, la del
pueblo, quiso dar y dió el último toque
de efecto á aquel admirable lienzo,
y una voz clara y robusta, pero em-
bargada por la emoción, cantó la si-
guiente fábula, que aunque disparada
al viento, no dejó un solo corazón
sin herir,

De tal manera lo viera
que á S. Juan le preguntó,
cual de los Tres es mi hijo,
que no lo conozco yo.

Conoces tú, mi querido Agustín, á
muchos rimadores que tan poética-
mente compendian los dolores y el

extrago de la pasion del Dios-hombre,
como el poeta inculto, que de una sola
pincelada lo pintó en tal estado que
ni aún el instinto de la madre lo
conoce?

La procesion siguió, la imagen
de Jesus y de su santa Madre pasaron
sin que el menor ruido indicase
que iban conducidos, y desaparecieron
cual un consolador ensueño. Si en aquel
momento la muerte hubiese tendido
su guadaña y segado aquella compacta
mies, estoy seguro de que su salvacion
estaba asegurada: la imagen del
amor divino abrazando á nuestras cul-
pas, habia efectuado su conversion
en menos tiempo que el que Diana
tardó en arrepentirse.

A esta copradia del Silencio, tipo
como he dicho de la devocion peni-
tente, siguió la del Gran Poder,
tambien severa, pero tipo de otra
devocion distinta, la esplendida
y ostentosa. En la copradia del

Gran Poder, desde la imagen hasta el menor detalle de la última insignia, todo es magnífico y lujoso hasta la exageración: El Gran Poder, desde su fundación, nunca ha salido a la calle sin estrenar algo.

La imagen del Cristo, obra de Montañés, ese genio á quien los Sevillanos no han levantado estatua, considerando quizás que ninguna lo ha de inmortalizar tanto como sus creaciones, demuestra la poderosa inventiva del artista y su pasmosa facilidad de ejecución. Montañés, sujeto por el contrato celebrado con la hermandad, que lo comprometia á la ejecución de una imagen que había de llamarse del Gran Poder, representó un Varón de Dolores tal, que sin ser Dios no pudiera concebirse en él la vida: el Gran Poder es la imagen de un hombre muerto de cansancio y fatiga, pero que siendo

Dios, no solo se mantiene erguido, sino que lleva su pesada carga como una ligera pluma, y parece que la musculatura hinchada y distendida de la pierna sobre que se apoya, va con su esfuerzo a hundir el monte en que fija su soberana planta.

La historia de esta cofradía y de sus pleitos podría dar lugar a un libro muy curioso. Voy a referirte dos solos episodios.

Al finalizar el siglo anterior la cofradía de las Tres Necedades sostenía con esta un vicioso pleito, queriendo impedirle la salida de mas su gada: la Semana Santa de 1791, como suele decirse, se vino encima, y con ella diluvio tal de reclamaciones, que para evitar un conflicto el Asistente D. José de Arce mandó, que bapta multa de quinientos duros, a ninguna de las dos cofradías tuéiera estacion por aquel año. Las Tres Necedades obedeció; el Gran Poder

deposító la multa y se dispuso á salir? el Asistente entonces no tuvo mas remedio para impedirlo que situarse á media noche en la Parroquia de S. Lorenzo, detener los oficiales de la hermandad, cojer con tropa todas las arcañidas, y prender á todos los vaxarenos segun se iban presentando.

El año ultimo, como he dicho, el celo estaba encefalotizado, y los apasientos de Murcia eran grandes. Los cofrades disputaban sobre si la procesion saldría ó no: el Sr. Páges del Corso, que es su actual hermano mayor, para decidir entre los contrarios pareciéndole, no tuvo mas que mirar á todos al semblante y decir: á la calle. La procesion salió: si hubiese movido y los vertidos de las imágenes se hubiesen deteriorado, es seguro que este año habrían estrenado otros nuevos.

Estos dos rasgos te harán comprender lo que es esta cofradia y

cual será la incalculable riqueza de
plata, oro y pedrería que tuirán sus
imágenes, que pasaron ante mí como
visiones de luz, tanta era la que re-
verberaban los cisnes en las fajas de
que iban cubiertas.

Tras esta hermosa y ostentosa y
rica, al paso que de importante ser-
vidad, viene la cofradía de la Virgen
de la ~~Esperanza~~ Esperanza que vive en el
barrio de la Marasena.

La Macarena es á Sevilla lo que Sevilla á Andalucía, lo que Andalucía á España y nuestra nacionalidad. Es decir, que el macarenista es la quinta esencia del andaluz, y por consiguiente el sentimiento, el entusiasmo y la expansión, en sus últimos grados de potencia: en la Macarena viven las últimas gotas de la sangre mora, inspirando el odio profundo y el amor ardiente de aquella raza, y los

paros de esta cofradía correspondan
á la manifestación de estas dos
últimas pasiones,

El primero representa el Tribu-
nal de Pilatos en el acto de la
sentencia: el otro á María en la
mas consoladora de sus advocaciones,
la Esperanza, la vista, pues, del
fuerz inícuo y sus cobardes é infa-
mes consejeros; los rayones que ro-
dean á Cristo en abemban de
maltratarlo por que humilde res-
ponde tú lo has dicho, los criados
que sostienen la pedangana y el
farro, emblemas de su estéril convic-
ción, despiertan en aquellas natu-
rales impresionables y explosivas,
el sentimiento de la vergüenza, que
neutraliza el or su amor ardiente
á la madre del ~~divino~~ ^{divino} image humano.
Esta consideración es necesaria pa-
ra poderse dar razón del espec-
táculo que ofrece el paso de esta
hermandad, que componen gentes del

8.

pueblo, ó por mejor decir, del campo,
pues son hortelanos en su mayor
parte.

En la Macarena, el que no es
cofrade de la Esperanza, es lo
que ellos, de esa manera gráfica
con que el pueblo siempre califi-
ca, llaman hermano de ataja calle.
A la Virgen de la Esperanza, desde que
sale de la Parroquia de S. Gil, hasta
que vuelve, la escolta la Macarena
en masa, como si temieran que se
la robarán al atravesar una ciu-
dad infiel, y atajando calles para
cerciorarse de que vá entre sus her-
manos, corren de encucillada á encu-
cillada y en todas gritan "viva la
Virgen de la Esperanza", como si ha-
biera quien dudase de su ardorosa fe.

Quando esta cofradía empezó á salir
de la Catedral, la luz del alba pugnaba
con la del arte para derrotar las
sombras, á quien llevaban ya de venida,
y no puede darse nada mas pintoresco

y fantástico que el panorama que á
tan indefinible luz, al pie de la Si-
valba, se ofrecía, Dividiendo la oscura
muchedumbre, dos interminables file-
ras de penitentes vestidos de ~~blancos~~^{tunizas}
blancas y capirotes y antifaces verdes,
la Plaza de Palacio ocupada con dos
centurias de soldados romanos con
clámides de góano y blancos pen-
chos sobre el brunito casco, arma-
dos de lanzas con ropas morones en
vez de penachos; dos bandas mili-
tares batiendo marcha, y avanzando
por el atrio del templo la madre
del hijo del dolor, cuyo angustiado
semblante contrastaba con el regio
manto de terciopelo verde bordado
en oro que la cubría.

El entusiasmo, lo mismo que el
terror, se comunica con celeridad
pasmosa, y el que se despertó á la vi-
sta de la sobolana imagen, que
es una de las mefotes del celebre
Prodan, yo no podré explicarlo.
Como vivimos en una época de tanta

libertad, en que hasta los sentenciados se sujetan á reglas, los encargados del orden impedian esas manifestaciones ruidosas de los concurrentes, que á juicio de algunos solo pueden tolerarse en el campo del Hospital, donde pasan escenas que en otra ocasion te contaré. Pero volviendo á la Procesion, te diré solo que como un municipal amenazase á uno con que lo llevarian á la carcel si volvía á dar otra voz, el macareno, víase la Virgen de la Esperanza, gritó con toda la fuerza de sus pulmones, y luego cruzándose de brazos: ahora lleveme V. á presidio, dijo con la mayor resignacion: el agente de la autoridad se sonrió y le volvió la espalda, porque ya comprenderás que hay deberes que no se pueden cumplir.

La devocion entusiasta pasó como habia pasado la fastuosa y la penitente y tras ellas vino, como viene siempre la pobreza, ocupando el último lugar, la quiza mas meri-

Toría de todas, la devoción del sacrificio, que representaba la cofradía de Jesús Sanateno y María Santi, una de la O de Triana.

La luz de Dios había ahuyentado ya las sombras de la noche, y amortecida la luz del arte con que el hombre trata de sustituirla, cuando para mortificación mayor de las pobres gentes de aquel barrio, salieron de la Catedral las modestas epigres de esta cofradía, que en otras partes pudieran pasar por lujosas, y que lo serían á no ser precedidas por las otras. Y hechas mortificación, por que tuvieran en este país cuanto cuesta el sacrificio de la vanidad. Por fortuna el almacén sabe sacar partido de todo, y los cofrades de esta hermandad, pobres alfarecos en su mayor parte, apreciaban sus ofrendas no por lo que valían, sino por lo que á ellos les costaban, y como la

vanidad es lo único que el hombre
no puede extinguir en su corazón y
mas, por que ella se reproduce en
su humildad, en su pobreza y en sus
males, ellos hacian gala de sus tri-
viedades que su devoción les costaba,
y recordaban con orgullo que en
un año que por las riadas no ha-
bía salido ninguna cofradía, ellos
habían traído la suya, atravesan-
do por medio de la inundación.

El día estaba ya en su plenitud,
cuando se perdían los últimos ecos
de la música que cerraba esta pro-
cesión, pues aunque pobre, nada fal-
taba en ella. La multitud se dispersó
en todas direcciones tras las efí-
gies de su especial devoción, inte-
rán que otros devotos mas amigos de
reposo, acudían á la catedral á oír
el sermón que á aquella hora se
predica al lado del monumento.

Yo entanto reflexionaba
que de todas las músicas celestiales

les que escuchamos, ninguna lo es tanto
como la de que el culto mas digno del
Nombre, es el que se dá al Ser Supre-
mo teniendo por templo al universo
con su bóveda techonada de estre-
llas y otras semejantes simbombancias.
No, Agustín, en semejante Parílica
buscando á Dios la imaginación se
pierde, por que aún cuando ~~el~~ Dios
se halla en todas partes, solo lo en-
cuentran los que llevan la centorcha
de la Fé:

Dichosas las ciudades ^xque ~~x~~ como
Córdoba Tienen un Angel que con
su puro aliento infunde en el
corazon de sus hijos las esencias
santas. Dichosas las que como Sexú-
lla, Dios en su misericordia pa-
ra que no le costase trabajo crear
los mas ocultos misterios de la
religion de Cristo, les dió un Ma-
rillo para pintar la Virgen Madre
y un Montañés para representar el
consorcio de la Divinidad y el Hombre.

P. de Vida.

Marzo 24 de 1868 -

Cartas

Sobre cosas que deben verse du-
rante la Semana Santa en Sevilla

A mi querido amigo el Sr. D. Agus-
tín González Ruano.

III

El Capítulo

de las Cruzes y Ordenes.....

Si en armas como en letras mas asilla
su historia, y nuestros tiempos alcanzaron
¿Quien estinguir las osara en Castilla?

(de Gabriel)

Mi querido Agustín: Hace quince mi-
nutos que, contra mi general costum-
bre, me encuentro con la pluma en res-
ta frente al asunto de esta carta, sin
que hasta ahora vea la manera de comen-
zarla. En vano llamo á mis recuer-
dos, y recorro á la reminiscencia de
mis sensaciones, cuando en el ano últi-

mo, en la iglesia del extinguido con-
vento del Angel, contemplaba uno de
esos movimientos gálganos, que el
cacláver de las ordenes militares efec-
cuta; por que ni el recuerdo de lo que
pensé, ni las raméniscencias de lo que
sentí, me inspira mas que las ideas
tristes y el mal estar que nos asalta
á la vista de las grandes ruinas. Pero
ello es necesario decir algo: menester es
el llamar la atención de esos aluvio-
nes de viajeros que visitan los tre-
nes de recreo, y que ávidos de gozar
de todas las magnificencias religio-
sas de esta gran ciudad, corren de acá
para allá en su busca, y sin mas guía
que su deseo, solo consiguen vendérse,
y vuelven á su casa las mas veces,
sin ni aún zigüero haber visto to-
das las cofradías. Necesario es
advertirles, que si quíeren ver lo
que nunca vieron ni volverán á
ver mas que en el día del juicio,
es decir, volver á la vida lo que fue,
al pasar por el Angel, durante los
ofícios del jueves y viernes santo,
penetren en su iglesia y allí verán

(2)

moverse el cadáver de nuestra anti-
gua gloria. Fuera de aquel lugar
hallaran cruces aisladas, que verdes
ó rojas, señalan las tumbas vívas en
que se encierra algo de aquel todo,
á quien la patria debe el triunfo
de la fé y su independencia.

¡ Honor á vosotras, órdenes militares,
cuya historia es la mas brillante pa-
gina, ó por mejor decir, la historia toda
del valor, el saber y la virtud de España!
¡ Gloria á vosotras, única institución aca-
so, á quien la patria no puede ceder
en caso ninguno de sus desventuras, y
en quien hasta la vanidad es meritoria,
pues de ella saca la nación recursos (1),
y es causa de la existencia del monumento
víro de vuestra anterior grandeza!

Hasta hace algunos años, solo en la
corte se celebraban capitulos, y fuera
de alguna toma de hábito, que de siglo
en siglo tenía lugar en las provincias:
con la existencia de las órdenes militares,
sucedia como con la del Santo Padre, que
no hay español que la ignore, y solo la

(1) Cada caballero paga 16000 rs. de derechos
por su título.

conoce de oídas. Un caballero de Madrid, cuyo nombre no recuerdo, y el Sr. Chaca de Sevilla, parece fueron los iniciadores de la idea de organizar en esta ciudad un capítulo que comprendiese no solo los caballeros residentes en ella, sino los de las cuatro provincias de su distrito militar. La estancia en Sevilla de S. A. R. el Sr. Duque de Montpensier, que es comendador mayor de Obrajes en el orden de Calatrava, contribuyó después poderosamente á que las cuatro órdenes tuvieran aquí sede propia, consiguiendo que la dirección general de Bienes Nacionales devolviese el antiguo templo de S. Benito de Calatrava, fundación del Santo Rey, que S. A. amante siempre de las glorias de su patria adoptiva, redificó á sus expensas y puso en el decoroso estado en que se halla. La distancia del centro de la población, á que se encuentra el templo de S. Benito, hoy casa propia de las cuatro órdenes, hace que los oficios de Semana Santa se celebren en la iglesia del Angel, que

En rentas ni consignación, por un casi milagro de la Providencia, no solo es de los de mas culto, sino donde se celebra con mas ostentación.

Considerando, pues, las cuatro órdenes en su manera de ser actual, bien como un recuerdo vivo de pasadas glorias, ó bien como su cadáver, que se conserva unido y que de vez en cuando se galvaniza; su presentación en la iglesia da un conjunto suprimido; hacia saltar, aún mas, la última imagen. Aquella campana que en otros días había llamado á la oración y precedido á todos los actos de los que en aquella casa vivían, así como el clarín hoy llama á los soldados que la habitan, lanzaba al aire sus ^{alegres} ~~grues~~ ecos, que inutilmente se perdían en el espacio; del cuerpo que en otros tiempos consergá solo resta ya alquino que otro hueso insepulto, blanqueando por los años y los infortunios. Pero si el alegre respirar de la campana no poblaba el desierto coro, ni en él aparecían los modestos sayales de la reforma carmelita, como brillantes sombras evocadas por un misterioso confuso,

fueson apareciendo de dos en dos, los
caballeros del Capitulo, cubiertos con
los mantos de sus respectiva orden.
A la cabeza de todas marchaba el an-
ciano Baron de Formoye, decano del Ca-
pitulo, cuyo blanco bigote y marcial
semblante, hacia recordar aquellos co-
mendadores, que no pudiendo ya por
sus años lidiar en los campos de
batalla, á su indomable osio fiaban
las Ordenes al cuidado de sus mejo-
res plazas. El Baron de Formoye
representa hoy la casa de Garcí Perez
de Vargas, con su adición de Machuca,
apellido unido á la historia de Sevilla
desde la época de su reconquista,
y entre los demas caballeros se encon-
traban titulos y nombres que sim-
bolizaban las glorias de todas las
edades.

La iglesia del Angel, muy apro-
pósito por el lugar que ocupa en el
centro de la ciudad, no lo es mucho
para estos actos por su capacidad;
si bien es cierto, que para el numeroso

consite, y los muchos curiosos que acuden, se necesitaría una iglesia como la del Salvador u otra por el estilo, lo cual no puede concediarse por los oficios que en aquellos días y horas se celebran en todas las parroquias. El templo, á pocos pasos de la cáncela, se corta con una valla de buncos, pasada la cual, todo su ámbito está cubierto de filas de sillas, para las señoras del consite, y en el centro del cruceiro, tocando con el presbiterio se forma el estrado para los caballeros, con banquetas ferradas de terciopelo, con un solo sillón para el que hace de Comendador, que segun el ritual, se coloca sobre las gradas del presbiterio ó por baxo de ellas, segun es ó no persona Real la que preside.

Las órdenes de Calatrava, Alcántara, y Montesa, pertenecen á las reglas del Cister, y la de Santiago á la de S. Agustín: por consiguiente las ceremonias de las misas son distintas, pero como está mandado que se guarde una

formidad, seguíase la primera, cuyos caballeros componían la mayoría del Capitulado. Los oficios no ofrecen ninguna particularidad digna de especial mención: su único merito, en su originalidad, consiste solo en la reunión mas ó menos numerosa de Cruzados: en la exhibición de sus mantos, nube de gloria que transfigura al caballero y en cuyos anchos pliegues se pierde la persona y el hombre desaparece;

La magestad del manto de cualquier ordenes es tal, que con él no hay tallo que no se aumente, ni figura que pueda ridiculizarse. Por eso, cuando en el Viernes Santo el sacerdote canta, Eccc Lignum Crucis, y ante el Sagrado Lenó se posturan los representantes de aquellas instituciones, que con la Cruz y por la Cruz reconquistaron el suelo de la patria, y manejando despues la pluma como antes habian manejado la espada, tanto hicieron por ilustrarla, desconocidas sensaciones commueven el corazon, y

La imaginación abrazando de un golpe
solo la historia de la civilización del
mundo, desde nuestros días al Gólgota,
nos grita hasta hacernos caer de rodillas:
eso hicieron los Escurados, eso hará
siempre la Cruz.

Los gloriosos nombres de Santiago, Ca-
latrave, Alcantara y Montero reso-
narán siempre en los pechos espa-
ñoles, como los cantos y guerreros de la
patria en los oídos del proscrito. Los
años y los siglos no borrarán jamás
el recuerdo de las órdenes, sea cual
sea el espíritu que domine en las
edades venideras, que si manana la
igualdad borra sus distintivos, como
antes el poder Real arrasó sus
fortalezas, la religión conservará
sus templos, la caridad sus hospi-
tales, la utilidad común sus fuentes,
sus calzadas, sus canales y sus presas,
y las bibliotecas y los archivos las obras
de sus ingenios.

Las órdenes militares presentarán
siempre á la admiración del mundo

como título á su ~~conservación~~ conser-
vación y respeto, tres mil villas arran-
cadas al poder agarenos, y enfrente
de sus nunca vencidas legiones de heroi-
cos guerreros, un ejército de sabios,
con capitanes de tanta monta como
el inmortal D. Pedro Calderon de la
Barca, el célebre marqués de Ville-
na, cuya ciencia mal comprendida
por su siglo, le valia el título de
nigromante; Quesedo, los dos Hurtado,
de Mendoza, Salazar y Castro, Saave-
dra, Pujardo, Arías, Montano hijo de
la casa de Santiago de la espada y D.
Gaspar Melchor de Jovellanos (1).

Yo supongo que cuando tu ha-
brás visto en Madrid los capitulos
que, antes en las Comendadoras de
Santiago, y hoy en las de Calatrava
se celebran con tanta pompa, si en la

(1) El distinguido escritor cordobés D. Carlos
Ramírez de Arellano, caballero de Cala-
trava, se ocupa en la actualidad en la
formación de un catalogo de escritores
de los cuatro órdenes, cuyo numero y dispo-
sición de materias admirará el día que
se publique.

proxima Semana Santa vinieras á
Sevilla, no desearias de ir al Angel,
no á satisfacer una curiosidad, sino
á rendir un homenaje de respeto á
ese, para mí, cadáver venerando, que
hoy encierra el sepulcro de la nobleza
hereditaria, y que estoy seguro de que
si mañana quisiera mudarlo de su
côfago, al contacto del aire de la
reforma, se descompondria y redu-
ciria á polvo.

P. de Villan

Abril 3 de 1868.

[Faint, illegible handwriting throughout the page, likely bleed-through from the reverse side.]

Cartas

Sobre cosas que debem verse
durante la Semana Santa en
Sevilla.

A mi querido amigo el Sr. Don
Agustín González Puano.

IV

Las Tres Necesidades.

Mi querido Agustín: el espíritu de asociación, menos cacareado que hoy, pero más infiltrado en las costumbres, reunía antiguamente á las naciones por la religión, las ciudades por el fuero, las profesiones por el gremio, y las familias por medio de la cofradía ó hermandad. Sobre cada uno de estos grupos, que eran eslabones de una cadena de resistencia popular, pues los gobiernos siempre han tendido á dividir para reinar, el santo árbol de la fra-

ternidad humana extendió sus ramas
robustas, y á su sombra albergaba por do-
quier la caridad cristiana, siempre fe-
cunda, establecimientos mil donde la
desgracia hallaba albergue para ca-
da uno del inmenso catálogo de sus
dolores.

Si fuéramos á investigar la his-
toria de todas las cofradías; si remo-
viéramos los cimientos de muchas ca-
sas de nueva construcción; si registra-
semos los archivos de las parroqui-
as para ver el incalculable número
de hermandades servidas en ellas, y el
municipio, frangueándonos el caudal
de noticias que atesora, nos hiciera
conocer la cifra de donativos hechos
por los gremios y corporaciones para
calamidades y festejos, su elevado qua-
rismo y el de los establecimientos be-
néficos que sostuvieron, nos eviden-
ciarían que la caridad y la asociación
son dos mares de riqueza tan inago-
tables como el Océano. Desgraciadamen-

te los falsos apóstoles de la fraternidad, en nombre de la fraternidad y el progreso, que debieran conducirnos á ella, so pretexto de abolir privilegios, han destruido todos los gérmenes de unión, y el gremio y la cofradía, que hacía hermanos por la caridad á los hombres de una misma profesión y creencia, han sido reemplazados por las asociaciones y el seguro, que no pueden producir nada grande, por que son hijos del sordido egoísmo.

Este exordio ha sido necesario por que en esta carta voy á ocuparme no de esas órdenes siempre poderosas por su valor, sus riquezas y su sabiduría, de que te hablaba en mi anterior, ni de cofradías como el Gran Poder, la Quinta Angustia y Montserrat, que, espléndidas y ostentosas, no solo no permiten decaiga, sino que superan en sus cultos á los comerciantes y propietarios Genoveses, Franceses y Placentines de aquellos buenos tiempos de Sevilla en

que sus frutos y su industria abastecía
las flotas que partían á las Indias,
para volver luego á descargar montes
de oro al pie de la gallarda torre
á quien le dieron nombre: la cofra-
día de que voy á hablarle es la inme-
morial de María Santísima de la
Luz, en el misterio de Sus Tres Nece-
sidades, que componía el antiguo
gremio de toneleros, sita en el bar-
rio de la Carrotería.

La historia de esta cofradía es cu-
riosa, y de ella pienso tratar con es-
tension, si continúo en mi proyecto
de escribir un libro que sirva de
guía al viajero durante la Semana
Santa, para lo cual me ocupo en reco-
ger apuntes. No te aseguro que el li-
bro se escribirá, soy español y en
nuestra patria tomar apuntes para
escribir, es lo mismo que formar
un expediente para obrar, por que
la actividad se gasta en el expedi-
ente y los apuntes.

Un incendio consumió el archivo de esta hermandad y solo se sabe por tradición y referencia de otros documentos, que tuvo principio en unos chicos que se reunían á segar á la Virgen de la Luz, cuya imagen se había apasado á un oficial de tonelero cerca del río, y que de aquellos muchachos se había formado la hermandad, de que era protector el gremio de toneleros. Entre las clases no ilustradas, el buen sentido es tan precioso como en los animales instinto: en esta cofradía, á poco que se fije en ella la atención, se conoce que desde su formación ha debido haber personas de inteligencia, que unas veces al frente, otras al lado, hayan dirigido los esfuerzos supremos, que han tenido que hacer jobses menores, para no sucumbir como tantas otras, mas ricas y potentes.

Precurriendo á las pocas memorias que existen, vemos que en 1591 los toneleros tienen de protector de su hermandad nada menos que al Duque de Sesa, embajador en Roma, que la agrega á la de

Santiago de los españoles de aquella capital,
dándole multitud de privilegios, entre
los cuales se cuenta el usar su escudo y
cruz de Santiago. Sus sencillos pleitos, sus
costosas obras y traslaciones, sus carismas
interumpidas y subidas, el gusto que se nota
en sus pasos, y hasta en el alegato artístico
de las ropas de sus imágenes, todo denota
que en esta hermandad siempre han
caminado unidos el entusiasmo, la fe
y el sentimiento que es peculiar del pueblo,
y el cálculo y la inteligencia que ha dirigido
sus impulsos. En prueba de ello, considera
que hasta en el título hay originalidad y
poesía.

Como he dicho, la hermandad en su
origen era de la Virgen de la Luz: Nació
la época de fervor religioso, que yo no sé
decir si Poldon y Montañes la in-
terpretaron, ó si mas bien la inspira-
ron con sus obras; los gremios, las cor-
poraciones, eligen cada cual un acto de
la dolorosa pasión de Jesus, y apuran
subdividiéndolos al infinito la repre-
sentación de los Siete Dolores de Maria;
los toneleros toman el momento en
que Cristo espira y su Santa Madre

que hasta entonces no ha tenido mas
 pensamiento que los dolores de la agonía
 del ~~hijo~~ amado, sufre un nuevo mar-
 tirió, las Tres Necesidades de que lo
 desciendan, amortalen y entierren.
 El paso representa admirablemente
 este momento: Jesús faltar de vida ha in-
 clinado ya la cabeza sobre el pecho.
 María levanta la suya pidiendo so-
 corso al cielo y S. Juan le señala á
 José y á Simeón que lleguen con las
 escaleras, y las Marías que preparen la
 mortaja: hay en este pensamiento en-
 medio de su amargura, mucho de con-
 solador; por que María que representa
 allí la humanidad, sufre una del que
 todo lo puede en una ciudad estrana,
 sin amigos ni parientes, rodeada de
 enemigos del hijo que ahora, no ha-
 biendo en la tierra ya esperanza,
 dirige la vista al cielo, donde nunca
 falta, y en el momento mismo los úni-
 cos varones de Caridad y las solas
 mugeres piadosas que Jerusalem
 encierra, se presentan á satisfacer las

Tres Necesidades que la apremian:
ve ahí por que dije que en ese Título
había poesía y originalidad, que de-
notaban la presencia del hombre in-
teligente ayudando á el desventura-
do,

Y este consorcio ha producido efec-
tos admirables; la hermandad, que com-
pone el gremio de pobres toberleros
atravesando siglos de ardua exis-
tencia, ricos de fe y fuertes por su
unión, han triunfado de rivales po-
rosos y pasea con legítimo orgullo
las calles de Sevilla, precedida por
la bandera que perfectamente la sim-
boliza, pues en ella se encuentran
agrupados el Charitas del mínimo,
la Cruz del caballero y la Corona del
rey; es decir la unión de todas las cla-
ses, que ha formado siempre el verda-
dero pueblo español.

La historia de esta corporación tiene
multitud de anécdotas que retratan
su condición, y de las cuales te

referiré una.

Recordarás que en mi segunda carta te hablaba de los pleitos que el Gran Poder sostuvo con las Necesidades al finalizar el siglo anterior. En la Carretería hay quien recuerda los nombres de los protagonistas de lo que voy á contar, y todos los cofrades han oído á sus padres y abuelos referir la escena. La temida autoridad del Asistente había impedido por la fuerza la salida ~~del Gran Poder~~ de la rica hermandad del Gran Poder, que tuvo que afrontar la multa, y el pobre premio de los toneles, había tenido que ofrecer aquel año á María, como holocausto, la necesidad de obedecer por falta de recursos. Pero nuestro pueblo, siempre activo, no cede nunca cuando le asiste el derecho y tiene la conciencia de él: por fortuna en España siempre ha tenido el pobre y desvalido tribunales de alzada á donde acudir en demanda de justicia: sobre

Todas las autoridades estaban la autoridad del rey, y sobre el poder real en aquel tiempo, el poder de la ley, representado en el Consejo de Castilla. A ese Tribunal supremo había llegado con su demanda la cofradía de las Tres Necesidades, que la del Gran Poder sin mas derecho que su voluntad y la protección del Asistente y la protección del Asistente y autoridad eclesiástica, que se habían puesto de su parte, quería arrollar, no solo saliendo de su jurisdicción como ella, sino anteponiéndose en su salida.

El gremio de los toneleros, con esa fuerza que la unión presta, había luchado con su opulento rival por largo tiempo, y no solo agotado sus recursos existentes, sino hasta los del porvenir, enagenando ya un número de casas que poseía su hermano, para la continuación de su pleito en que estaba interesada su honra; por que en el pobre y plebil

(6)

es dignidad lo que en el poderoso es
vanidad y orgullo. La Semana Santa
se acercaba y ambas cofradías haí-
an sus aprestos de salida: la del Gran
Poder segura de la protección local, y
confiada en su nombre había descu-
lido sus asuntos en la corte, interin-
do otra esperanza que la justicia
de su causa, no fiando su encargo
y defensa á manos mercenarias, ha-
bía enviado á Madrid los mas fer-
vorosos de sus Cofrades, no solo para
activar la resolución del Consejo,
sino para que reventando caballos,
como entonces se decía, viera á Sexi-
lla la decisión suprema.

Fros largos días de ansiedad, llegó
el Viernes Santo, en cuya noche la
última cofradía celebró Círculo y acor-
dó no hacer estación por aquel año,
mejor que ser precedida por el Gran
Poder, y en su consecuencia cerró
la capilla, despidiéronse los si-
vientes, y los hermanos se retiraron

á sus hogares. Entre tanto el comisio-
nado en la conduccion de la senten-
cia del Consejo galopaba camino de
Sevilla, donde llegó rendido y muerto
de fatiga pasada é ya la media no-
che. La cofradía del Gran Poder llega-
da en hora salió de S. Lorenzo des-
plegando su inimitable bufo, y si-
guió en aquella noche triunfal car-
rosa, hasta llegar á la Punta del
Giramento, donde con gran sorpresa
se vió detenida por la cruz y na-
tascos de las Isas Necesidades,
á cuyo frente estaba el hermano
celador con su regla y la Real pro-
vision que amparaba en su derecho
de primicias á la hermandad de los
toneleros.

Para que este caso llegase, habia
sucedido que el hermano portador
de la sentencia habia llamado á los co-
frades á su paso al dirigirse á casa
del hermano mayor, y corriendo
de unos en otros la noticia con la
celeridad del rayo, los primeros que

Llegaron á la capilla tomaron la cruz,
 y avanzaron hasta las gradas, situándose
 conforme iban llegando los señores, á
 grandes trechos por toda la calle de
 Mar, para formar la procesion y
 detener á las largas horas á su rival
 en la de Génova interin, reunida
 toda la hermandad, ponía en mo-
 vimiento sus pasos y hacia que en
 plenodia atravesase la ciudad
 la cofradia del Gran Poder precedida
 por las Tres Necesidades. Poco des-
 pues de este suceso, las dos corporacio-
 nes enemigas, correspondiendo á su
 caracter religioso y por invitacion
 del Venerable P. Fr. Diego de Cadiz,
 celebraron una concordia que aca-
 bó sus diferencias, conviniendo que
 en to sucesivo saliese delante una
 de ellas los años pares, y los im-
 pares la otra.

Pero tu me dirás que me he sa-
 lido del plan de estos artículos,
 puesto que en ellos debo hablar

de lo que durante la Semana Santa
debe verse en Sevilla, y se supone
sean cosas que no estén al alcance
de todos, ó cuyo mérito se ignore,
lo cual no sucede con una cofradía
de todos vista, puesto que sale to-
dos los años por la tarde y en el día
en que es mayor la concurrencia. Pues
bien: hay en esa cofradía una cosa
que todos miran y son muy pocos
los que ven con la detención que su
mérito reclama, y es la imagen
de María, cuyo semblante, verdaderamente
divino, espresa como nin-
guna otra Dolorosa, no la deses-
perante pena de una madre cual-
quiera á quien la desgracia arreba-
ta un hijo, sino el dolor que cua-
lra á la madre de Dios, que pa-
rece resignada por que sabe la
importancia de su sacrificio.

La extensión de esta carta
con relación á las dimensiones de

un periódico, y el día en que debe
publicarse, me obligan á suspenderla,
pues tengo aun mucho que decirte
acerca de la imagen y de las con-
sideraciones con que di á ella prin-
cipio.

M. de Vida -

Abril 16 de 1863 -

117
M-ARKH

Dr. D. Agustín Goutralea Ruano,

Muy Sr. mío, y no acaso, sino muy distinguido y querido amigo.

Aun cuando yo sé tanto y ségo como muchos maestros de escritura, y juró que no me refiero á ninguno que hoy lo sea, encubero esta carta quisicosa causa verdadera de que yo tengo que escribir. Ante todo doy á U. las gracias por las gracias por las palabras que ha suprimido en el impreso, pues cuando tubo la candidez de términos, ignorando que lo hacia al Novel, tenía expresiones algo durillas, como mordacidad innata, y otros sisopos no muy propios de su carácter melifluo. Me critica U. por que imitacion de los demas no me he levantado la visera, y supone que tal vez me es repulsiva y antipática: no amigo mío, no es mi voluntad, sino el epigrafe el que tiene la culpa de que al correo le ocurriera un percance que impidió llegase á tiempo

mi alto el fuego, y que al llegar á Córdoba me encontrase con una Soprenada y una revista que echasen por tierra mis propósitos, y en prensa su carta y la del Novel de paja, como V. tan acertadamente lo califica. Además hubo otro inconveniente para que no me descubriera, y fue que, como alcano de pocos alcances soy desconfiado en seminario, y el primer suelto de la Cronica me escamó, por que yo sabía que su Director no había explorado, como se lo supliqué ni al Barbiponiente ni al de los Cuadros Viejos, que uno por mi y otro por quien V. sabe, estaban malfechos y peores trochos de serillas de la estorada y último vapuleo, y aunque al segundo se rió mucho ^{en la Academia} ~~por la carta~~ con la carta del novísimo Novel, yo lo estuve estudiando, por que lo tenía enfrente, y me parece que había venido con las de Caín: el Canecrero me pareció que tenía cara de idem, y el de la barba lampiña muy crecida y de aspecto nada apropiado para tranquilizarme.

Consultando después con la almohada,

he visto que no había para que yo me diera
 por picado y quisiera salir á la palestra
 á sostener por espíritu de controversia
 lo que en mi ánimo jamás estubo; amigo
 sincero de todos he llevado una broma
 hasta donde llegarán pocos; pero no he
 estampado una sola palabra que no
 esté dispuesto á explicar satisfactoria-
 mente á cualquiera que se crea lesiona-
 do por ellas, pues todas han sido medita-
 das antes de estamparlas, y tengo con-
 signadas mis explicaciones huyendo de
 inferir ofensas. Yo espero que así como
 estoy dispuesto á dar explicación
satisfactoria á mis palabras, retirarán
 las duras que en el calor de la epidemia
 se hayan escapado á algunos contra
 personas que nada tenían de común con
 el Novel, y á las cuales les ruego no
 se den por aludidas, y las consideren
 como dirigidas á mí, pues desde ahora
 les prometo aceptar en ensayo.

A U., mi querido amigo, que es tan
 contemporizador, le encargo, en castigo

de su en esta ocasion mal paladar res-
pecto á estilo, que vuelva la paz al cam-
po de las letras. Que partiendo del
principio de que nunca tuve inten-
cion de lastimar, prometa en mi nom-
bre esplicaciones al que las pida, y
satisfacciones al que las exija. Que
no me satise de la arena por nin-
guna clase de honor, sino por que
ninguna de las cuestiones las he ini-
ciado con intencion ni conviccion pa-
ra sostenerla: pero sin que por esto
se crea que no soy capaz de sus-
terlas de todas maneras y en todos
los terrenos, si á ello me obliga alguna
inconveniencia.

Finalmente, declaro en mi nombre,
que el unico anticuario de Trassierasoy
yo, y que por mi estan escritas las cua-
tro quisicoras del Diario y las dos car-
tas del Guadalquivir, asi como la
que escribi á la Cronica y no publi-
có, y que si conserva su director, yo dese-
do la manera que se lee mi nombre
en ella, y si se Novel de pego, como

V. lo llama, volviere á sostener que yo
soy él, desde ahora rechazo cuanto di-
ga, y autorizo á los directores del Diario
y al Guadalquivir para que digan la per-
sona que les ha entregado mis escritos.

De V. afmo, amigo.

El Anticuariano Novel.

P. D. Puede V. asegurarme en mi nombre, que
la estocada dada á Welponet, fué una in-
vencion mia, como la de la genealogia
de D.^a Sancho de Propas: si bien es ver-
dad que yo le he oido al autor del Doble
de Cepa lamentarse de que habia tanto
parecido, no en la pagina que dije sino
en otra, á un trozo de un articulo so-
bre Villalar, del coronel D. Luis Corini,
en la Espana militar de 1848, que iba
á variar toda la escena del convento
de S. Pablo cuando la reimprimiera.
De paso diga al Barbilampino, que en
la ultima quisicosa lo que habia en el
sitio de los puntos no se referia á él,
como pueda ver en el original que conser-
vo; y al Queo que un error de imprenta,

que no pude corregir, es la causa de que
sus versos aparecieron alterados y con
distinto sentido a aquel parrafo, como fue
de ver tambien; y que me tendra' a su
lado para sostener que la armada a-
naga mas en la cosa que en la Servi-
panta.

Cádiz 30 de marzo de 1862.